


EN LA BOCA DEL LOBO

The background of the cover features a gradient from bright orange at the top to dark red at the bottom. In the middle section, there are several dark silhouettes of men. One man on the left is walking away. In the center, a man is holding a rifle. To the right, another man is holding a handgun. The silhouettes are set against a lighter, glowing orange background.

LA HISTORIA
JAMÁS CONTADA
DEL HOMBRE
QUE HIZO CAER
AL CARTEL DE CALI

WILLIAM C. REMPEL

“Un thriller real de ritmo vertiginoso
que acelera el corazón.”

Kirkus Reviews

En 1988 Jorge Salcedo, un ingeniero y hombre de negocios, oficial de la reserva del Ejército especializado en vigilancia electrónica e inteligencia, sirvió como intermediario en la contratación de unos mercenarios británicos cuya tarea sería destruir el cuartel general de las FARC. Aunque este operativo se canceló en el último momento, al año siguiente los capos del cartel de Cali se pusieron en contacto con Salcedo para obtener los servicios de los mismos mercenarios, ahora con el objetivo de acabar con Pablo Escobar. Esta misión también terminó en fracaso, pero Salcedo se había ganado la confianza de los Rodríguez Orejuela y permaneció a su servicio.

Cuando Pablo Escobar fue asesinado, Jorge Salcedo creyó que sus días con el cartel habían finalizado y quiso retirarse. Pero los patrones no aceptaron su renuncia, y en lugar de eso tuvo que hacerse cargo de su protección y de la seguridad entera del cartel. En ese instante, Salcedo hizo un pacto consigo mismo: nunca mataría a nadie. Por eso, cuando recibió la orden directa de eliminar a Guillermo Pallomari, se vio en la disyuntiva de asesinar o ser asesinado. No obstante, existía una tercera opción, la más riesgosa: provocar la caída del cartel.

“Como los cronistas de antaño, Rempel consigue que la gente le cuente historias asombrosas que no contaría a nadie más. Al final, te das cuenta de que el mayor misterio es que Jorge Salcedo haya logrado sobrevivir el tiempo suficiente para relatarle su vida a un reportero.”

JAMES RISEN, autor de *Estado de guerra*

ISBN 978-958-8618-60-9



Grijalbo

Índice

Prólogo: número equivocado	11
PRIMERA PARTE: LOS AÑOS DE GUERRA DEL CARTEL (1989-1993)	
Seis años y medio antes	19
Un estruendo terrible	33
<i>El Doctor</i> y los Caballeros	41
Bienvenido al cartel	49
Objetivo: Pablo	59
Prisionero de la niebla	69
Maternidad y ley marcial	77
La bruja sabe más	83
¿A cuántos ha matado?	91
Al servicio secreto del cartel	97
Te presento a tu rival	107
La trampa del Dragonfly	115
Pásenme un tenedor	125
En el mercado negro	133
El lado oscuro	143
Acechanzas	151
Un intento con el FBI	155
Demasiado profundo	163
SEGUNDA PARTE: EL HOMBRE DEL CARTEL (1993-1995)	
Cadena perpetua	171
Los nuevos tratos	175

Todo menos heroico	181
Un hombre honesto	191
Sexo, espías y video	201
La cuenta del <i>Buitre</i>	211
Se llamaba Emilia	221
Los chicos nuevos del barrio	233
El límite	245

TERCERA PARTE: LOS ÚLTIMOS DÍAS (MEDIADOS DE 1995)

Más del número equivocado	257
El atareado día de un sicario	261
El Dorado en un escritorio	271
El amor en tiempos de crisis	279
¿Quién es Pallomari?	287
Ya vienen	297
Por favor, no se vayan	307
Soy hombre muerto	321
Muy extraño	327
Los caballeros homosexuales	341
¡Adelante!	351
El ascenso del hijo	361
Azucar al asesino	369
Un funeral de fin de semana	379
Sabemos lo que están haciendo	389
El hombre que solía ser	399

TRASFONDO: HISTORIAS DETRÁS DE LA HISTORIA

Jorge y yo	405
Epílogo	409
Agradecimientos	425
Fuentes	427
Sobre el autor	431

PRIMERA PARTE

LOS AÑOS DE GUERRA DEL CARTEL
(1989-1993)

Seis años y medio antes

Bogotá, Colombia

Mediados de enero de 1989

Jorge Salcedo guardó su equipaje de mano en el compartimento superior y se dejó caer en una de las sillas de la ventana de un viejo Boeing 727. Era un vuelo de Bogotá a Cali, temprano en la mañana, y él viajaba sin muchas ganas. Además de lo inconveniente de la hora, el hombre de negocios de cuarentaiún años no podía darse el lujo de quitarle tiempo a su más reciente empresa: el desarrollo de una pequeña refinería para procesar aceite de motor usado. El proyecto iba retrasado y aquí estaba él, en un viaje misterioso. No tenía idea para qué volaba a Cali. De hecho, no había sabido su lugar de destino sino hasta el momento en que había llegado al aeropuerto El Dorado, una hora antes.

—Jorge, tienes que venir conmigo. Unas personas quieren conocerte —le había dicho enfáticamente su amigo Mario por teléfono.

También le dijo que empacara una muda de ropa y sus cosas de aseo. Después había colgado. Y ahora iban juntos en el avión.

—¿De qué se trata, Mario? —Jorge no pudo disimular su impaciencia al dirigirse a su amigo, que se había sentado en el asiento del pasillo—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

Como Jorge, Mario tenía un poco más de cuarenta años. Atlético e impecable, exudaba confianza en sí mismo. Incluso con su

atuendo informal de civil, tenía un aire militar, como si fuera un actor en una audición. Pero Mario del Basto, mayor del ejército recientemente retirado, era un auténtico soldado con muchas condecoraciones.

—Hablabamos después del despegue —le aseguró a Jorge, e hizo una señal con la cabeza a unos hombres que todavía estaban de pie en el pasillo.

Jorge siempre había confiado en Mario. Se habían hecho buenos amigos poco tiempo después de que Jorge se enlistara en la reserva del ejército, en 1984. Mario, un oficial del ejército en servicio regular, se había convertido en el comandante en jefe de la unidad de reserva a la que pertenecía Jorge, con base en Cali. El mayor confiaba en él como oficial de inteligencia con valiosas habilidades para manejo de armamento, vigilancia electrónica, tecnología radial y fotografía.

La reserva del ejército era un trabajo voluntario y no remunerado, pero le permitía a Jorge probar algo de la carrera militar, como su padre, el general Jorge Salcedo. Éste había sido considerado para ocupar el cargo de comandante general de las fuerzas militares de Colombia y seguía siendo una figura pública importante casi veinticinco años después de su retiro, ocurrido a mediados de los sesenta.

Jorge veía características de su padre en el mayor Del Basto: ambos eran oficiales de carrera militar, los uniformes de ambos estaban colmados de medallas al valor y ambos tenían una amplia experiencia en la lucha contraguerrillera.

Ser hijo de un general le había dado a Jorge muchas ventajas, entre ellas seguridad financiera, respetabilidad social y múltiples oportunidades de viajar, incluyendo una larga temporada en Estados Unidos, mientras su padre estaba de comisión en Kansas. También había influido su visión de grupos guerrilleros como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), contra los que su padre tanto había luchado. Jorge veía a los guerrilleros como

terroristas sin remedio y había llegado a compartir la frustración que se apoderaba de las fuerzas militares respecto de los diálogos de paz aprobados por el gobierno, por considerar que sólo servían para que las guerrillas se reagruparan y se reabastecieran. “El gobierno es demasiado permisivo”, le había dicho Mario, quejándose.

Incluso para un héroe militar como el mayor Del Basto, ese tipo de críticas a la supremacía del poder civil podían ser peligrosas. Por esa razón sólo expresaba sus opiniones ante amigos cercanos cuando no podía seguir conteniendo la rabia. A finales de 1988 rechazó el ascenso a coronel, renunció al ejército y criticó fuertemente al presidente Virgilio Barco por su mano blanda con las FARC. Entonces desapareció. Jorge no había sabido nada de él durante varios días, hasta la misteriosa llamada que lo había llevado a abordar ese vuelo de Avianca.

★ ★ ★

—Vamos a reunirnos con unos tipos de Cali —empezó a decir Mario unos momentos después de que el avión despegara, reclinado sobre el asiento vacío que lo separaba de Jorge. El ruido del motor protegía su privacidad.

—¿Los conozco?

—Es posible. Son empresarios importantes de la región.

Jorge había vivido en Cali de niño, cuando su padre se desempeñaba como comandante de la brigada militar con sede en esa ciudad. Había vuelto a vivir allí a principios de la década de los ochenta, trabajando como ingeniero en una fábrica de baterías —de la cual era socio— ubicada en las afueras de la ciudad, la tercera más grande de Colombia.

—Lo que puedo decirte —continuó Mario— es que estas personas tienen problemas con Pablo Escobar, que les está poniendo bombas en sus negocios y está amenazando a sus familias... Es una situación terrible.

De inmediato, la expresión de Jorge se endureció:

—No me digas... ¿Vamos a reunirnos con la gente del cártel de Cali?

En enero de 1989 todos los colombianos estaban al tanto de la violenta lucha entre el cártel de Medellín, de Pablo Escobar, y sus rivales de Cali. A lo largo de casi un año, los titulares anunciaban estremecedores relatos de bombas, desmembramientos y masacres. El número de inocentes muertos iba en aumento. Al igual que la mayoría de sus amigos y conocidos, civiles y militares, Jorge repudiaba y temía a Pablo Escobar. *El Patrón*, como solía llamársele, le había declarado la guerra al gobierno colombiano con la intención de que derogara el tratado de extradición con Estados Unidos. Sus sicarios asesinaban a funcionarios públicos, policías, investigadores criminales y jueces. Una pérdida particularmente cercana a Jorge había sido el asesinato de uno de sus amigos de infancia, el popular ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla, a manos de asesinos del cártel de Medellín.

Jorge no conocía mucho sobre los rivales caleños de Escobar, apenas su reputación. Se decía que no eran tan violentos; al menos no mataban a personajes públicos. De hecho, a estos capos del sur se les conocía comúnmente como los Caballeros de Cali. Sin embargo, nunca había considerado la posibilidad de tomar partido. La guerra entre los cárteles no tenía nada que ver con él.

—Debiste habérmelo contado —dijo—. Es posible que yo no quisiera reunirme con ellos.

—Pero ellos quieren reunirse contigo —le respondió Mario, encogiéndose de hombros.

Jorge sacudió la cabeza, desconcertado. Una gran empresa del crimen organizado quería conocerlo. ¿Por qué? Mario miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando, y continuó.

Le contó a Jorge que poco después de renunciar al ejército lo habían llamado de Cali y le habían ofrecido el cargo de jefe

de seguridad de la familia Rodríguez Orejuela. Él reconoció los apellidos. Eran dueños de una cadena de droguerías de descuento con sucursales en todo el país y de un equipo de fútbol profesional, entre otros muchos negocios legales. Pero todo el mundo sabía que también eran grandes traficantes de drogas. Al igual que Escobar, negaban cualquier vínculo con el narcotráfico. A diferencia de Escobar, mantenían un bajo perfil.

—Estos hombres temen por sus vidas y las de sus familias —continuó Mario—. Pablo está tratando de matarlos: a hombres, mujeres y niños; a todos.

Dijo que esta situación resultaba particularmente injusta porque los Rodríguez Orejuela “no eran personas violentas”, y comentó que el objetivo de su nuevo trabajo era mantener a mujeres y niños inocentes lejos del alcance de los sicarios de Pablo Escobar.

—Y piensan que tú puedes ayudar también.

—Entonces no quieren hablar conmigo sobre el negocio de drogas del cártel —dijo Jorge, evidentemente aliviado.

—No, por supuesto que no —respondió Mario, y bajó tanto la voz que Jorge apenas pudo escucharlo—. Pero no hables de cárteles. Detestan la palabra. El cártel de Cali no existe, ¿entendido? Estos hombres son empresarios.

—Ya veo. Pero, ¿por qué yo?

Jorge se consideraba a sí mismo un empresario que reciclaba aceite de motor y un ingeniero que diseñaba sistemas de producción o se entretenía con radios y cámaras. En la reserva del ejército se había especializado en vigilancia e inteligencia, un área de interés relativamente nueva para él. Aun así, no veía ninguna razón evidente para que los hombres del cártel quisieran reunirse con él. Entonces preguntó de nuevo:

—¿Por qué?

Mario sonrió, se recostó en su asiento y guardó silencio.

Jorge no estaba buscando trabajo aquella mañana de enero. Tenía varios negocios en marcha, incluyendo algunos potencialmente lucrativos con las fuerzas militares. Hacía poco tiempo había empezado a representar a algunas compañías europeas interesadas en obtener contratos de defensa tanto en Colombia como en otros países de América Latina. Había conseguido estos clientes el año anterior, mientras asistía a una feria internacional de proveedores militares en Londres. Regresó al país con muestras de equipos de visión nocturna, receptores de radio encriptados y aparatos de vigilancia que esperaba poder vender a los encargados de aprovisionamiento del ejército.

Pero lo que más le llamó la atención a uno de los generales con los que Jorge se reunió fue la tarjeta de presentación de David Tomkins, un pintoresco tratante de armas que radicaba cerca de Londres. Tomkins y un equipo de soldados retirados de las fuerzas especiales británicas ofrecían entrenar al ejército colombiano en técnicas antiguerrilleras, y era Jorge quien transmitía la propuesta.

—Estos entrenadores, ¿también son mercenarios? —preguntó el general, que había sido asistente del padre de Jorge; sabía que podía confiar en el hijo del viejo general—. ¿Tus contactos considerarían la posibilidad de llevar a cabo una misión secreta contra las FARC?

A los pocos días Jorge volaba de regreso a Inglaterra, para presentarle a Tomkins la misión propuesta: destruir Casa Verde, el cuartel general de las FARC, ubicado en medio de las montañas. El ejército apoyaría secretamente el ataque proveyendo armas, explosivos y medios de transporte; pero todo tendría que llevarse a cabo de tal manera que se pudiera negar cualquier vínculo.

Los mercenarios británicos tenían una filosofía flexible que se acomodaba a una amplia gama de clientes, pero tendían a ser firmemente anticomunistas. Así, para cerrar el trato, Jorge resaltó el hecho de que las FARC contaban con el apoyo de Fidel Castro

desde hacía mucho tiempo. Entonces los británicos aceptaron de buena gana. Su líder era un escocés llamado Peter McAleese, un rudo ex sargento y paracaidista del Servicio Aéreo Especial (SAS)¹ que había sobrevivido a un salto con un paracaídas que no se abrió.

Las FARC tenían muchos enemigos. Frentes guerrilleros habían atacado pueblos remotos; retuvieron a campesinos, mineros y hacendados para pedir rescate e, incluso, se habían atrevido a secuestrar narcotraficantes. Cuando los comandos británicos llegaron a Colombia fueron recibidos por una improbable alianza de ricos ganaderos y mineros y capos del cártel de Medellín. El principal financiador de la misión fue José Rodríguez Gacha, gran terrateniente y socio de Pablo Escobar en el negocio del tráfico de drogas. Con un grupo de militares disidentes que proveían armas y municiones, los británicos se vieron respaldados por un equipo fáustico, lo que algunos llamaron la Mesa del Diablo.² Y Jorge hizo las veces de jefe de comedor.

A mediados de 1988 Jorge, cuyo alias era Richard, servía de contacto secreto entre los mercenarios y sus colaboradores colombianos. Si su misión se hacía pública, el ejército negaría tener conocimiento de ella. Jorge era responsable de alimentar, alojar y abastecer a los británicos, así como de mantenerlos lejos de la atención pública. Una de las pocas personas con quienes compartió detalles de la operación fue Mario del Basto, a quien llevó a los campos de entrenamiento en la selva y relacionó con Tomkins y McAleese.

Los preparativos del ataque duraron meses. Los británicos estaban listos, pero los militares colombianos vacilaban. Temían una reacción política contraproducente y, en última instancia, no estaban dispuestos a arriesgar sus carreras. Al final, los mismos oficiales que habían ideado el plan decidieron cancelarlo.

¹ Special Air Service. [N. de la T.]

² En español en el original. [N. de la T.]

Sin embargo, los mercenarios se fueron del país felices y bien remunerados, gracias a los adinerados hacendados y traficantes de Medellín, que los compensaron por haber entrenado a los variados miembros de sus ejércitos privados. Incluso uno de los jefes del cártel había enviado a su hijo a la selva para que recibiera entrenamiento en combate. Tomkins y McAleese fueron los últimos en irse a casa, en noviembre de 1988. En una reunión de despedida, abrazaron a Jorge y le dijeron que estaban ansiosos por participar en otra misión en el futuro cercano.

—¡Hasta la próxima! —se despidió McAleese.

Acto seguido, Jorge volvió a prestarle atención a sus negocios, pero ahora, ocho semanas después, se encontraba volando hacia Cali y preguntándose por qué.

★ ★ ★

Un auto del Hotel Intercontinental los estaba esperando en el aeropuerto internacional Alfonso Bonilla Aragón de Cali. También los esperaban *suites* de lujo con arreglos de flores y frutas frescas, cortesía de la familia Rodríguez Orejuela. Encontraron en el hotel un mensaje que decía que su reunión de la tarde con los Caballeros había sido pospuesta y que un auto los recogería alrededor de las diez de la noche.

La hora no era accidental. Entre las luces del tráfico nocturno era más fácil detectar cualquier auto que intentara seguirlos. Jorge conocía bien Cali e inmediatamente se dio cuenta de que estaban conduciendo en círculos, volviendo atrás y cerciorándose de que nadie los seguía. Entonces sintió una primera oleada de ansiedad. Desde la infancia era propenso a sufrir ataques de claustrofobia. En el asiento trasero de un auto del cártel de Cali, sintió que la garganta se le cerraba. Respiró profundamente y se secó en el pantalón el sudor de una de sus manos. No quería que Mario se diera cuenta, pero tampoco podía evitar sentir que su amigo lo había puesto en una situación difícil.

Los rodeos terminaron en un complejo amurallado. El auto entró por una gran puerta que se cerró tras ellos. Jorge se apeó y miró alrededor. Identificó fallas de seguridad por todas partes. Había docenas de guardaespaldas cubiertos de armas, pero parecían estar muy ocupados espantando mosquitos. Nadie revisó el carro. Le pareció curioso que todos los centinelas estuvieran dentro de la muralla. No había visto ninguno afuera.

A pesar de la oscuridad, pudo ver que el estacionamiento estaba lleno de vehículos, la mayoría sedanes y camionetas medianas de marca Mazda, estacionados sin orden alguno. Unos cuantos autos más pequeños bloqueaban eficientemente a los otros. Si se presentaba una emergencia, la mayoría de los vehículos no podrían salir.

Uno de los hombres de seguridad del cártel los recibió en la puerta de la casa principal. Era José Estrada, un sargento retirado del ejército, de unos cuarenta años. Él escoltó a Jorge y a Mario dentro de la casa, aparentemente vacía. Los pisos de mármol blanco relucían. Las paredes y los techos blancos estaban recién pintados. Los muebles eran de lujoso cuero blanco. Jorge no vio libros, juguetes ni niños; ningún vestigio de vida familiar. La casa parecía una sala de exhibición de muebles o el estudio de un diseñador de interiores. El estilo le dio a Jorge las primeras señales sobre las costumbres y los gustos de los capos del cártel de Cali: prácticos, eficientes, empresariales.

Los visitantes fueron conducidos hasta una amplia oficina en la que los esperaban cuatro hombres. “Así que éstos son los padrinos del cártel de Cali”, pensó Jorge, hombres que pueden jugar a ser Dios con la vida de otros mortales, que pueden dictar políticas gubernamentales e influir en la economía del país. Ninguno de los cuatro era particularmente imponente en su apariencia; con su 1.80 metros de estatura, Jorge era el más alto en la habitación. A medida que Mario hacía las presentaciones, Jorge saludaba a cada hombre con una sonrisa y un apretón de mano. Parecían contentos de conocerlo, y completamente inofensivos, casi afables.

Pacho Herrera, de treinta y siete años, era el más joven de los cuatro. Ésa era una de sus casas, con sus tonalidades blancas y sus habitaciones estériles. Parecía recién salido de una revista de moda masculina. El único soltero de los padrinos era homosexual. Jorge pensó que Pacho tenía el trato empático y fácil de un sacerdote joven. No sabía que el gánster gay lideraba el ala más sanguinaria del cártel.

Chepe Santacruz, de cuarenta y siete años, estaba vestido con bluyín y camisa de algodón; parecía un granjero recién llegado de los establos. Tenía un aire jovial y poco presumido, ligeramente malicioso. Pero a veces llevaba demasiado lejos su gusto por las bromas. Su ramplonería se hacía evidente en lo vulgar de su conversación, y resultaba obvio que se enorgullecía de no ser sofisticado. Era un tipo pendenciero y solía excederse en las peleas, lo mismo que en las bromas; era su marca personal.

Gilberto Rodríguez Orejuela, de cincuenta años, el encargado de hablar, era un conversador consumado con la apariencia de un profesor bien alimentado. Tranquilizó a Jorge rápidamente. Parecía ser el anfitrión oficial, el jefe que presidiría la reunión. A lo largo de la noche, Jorge reconoció la autoridad tácita de Gilberto, puesto que los demás lo trataban con deferencia.

El hermano menor de Gilberto, Miguel, de cuarenta y cinco años, era un hombre de rostro severo que parecía cansado todo el tiempo. Decía poco, pero no se le escapaba nada. Por deferencia a su posición en el cártel, lo llamaban don Miguel o sencillamente *el Señor*. A Chepe le gustaba llamarlo *Limón*, por su expresión fruncida y su trato amargo. Nadie más se atrevía a dirigirse a él con ese apodo. Miguel se encargaba de las operaciones cotidianas del cártel, lo que lo convertía en el jefe de jefes. Sin embargo, él y Gilberto eran socios cercanos, y todos los asuntos importantes del cártel eran discutidos por la cúpula de cuatro que había recibido a Jorge y a Mario.

Los dos visitantes se sentaron en sillones de cuero blanco. Una empleada doméstica vestida de blanco ofreció jugos de fruta fríos.

Los Caballeros de Cali entraron en materia de inmediato. En primer lugar, querían ayuda para su seguridad personal.

—Pablo es un bandido... un criminal... un loco —comentó Chepe; le dijo a Jorge que Escobar había amenazado con matar a todas las personas que tuvieran algún vínculo con la cúpula de Cali: esposas, hijos, amigos—. Nadie está a salvo —concluyó.

—Sí, yo sé —respondió Jorge, pensando en su antiguo compañero de escuela, el ministro de Justicia asesinado—. Escobar mató a mi amigo Rodrigo Lara Bonilla, un buen hombre.

Jorge sintió que la emoción lo embargaba. Casi no había hablado con nadie sobre la muerte de su amigo, pero aquí, en compañía de los enemigos de Escobar, había redescubierto su profunda rabia. No sentía la necesidad de reprimirla. Era evidente que todos los presentes compartían un poderoso sentimiento: odio.

Gilberto pareció sorprendido y a la vez encantado al escuchar acerca de la pérdida personal de Jorge a causa de Escobar.

—Fue una tragedia terrible —dijo en tono compungido—. Y también un acto estúpido. A veces Pablo hace caso omiso de lo que le conviene. Le declara la guerra a todo el mundo y espera ganar amigos de esa manera. Es un imbécil, pero un imbécil peligroso.

La conversación prosiguió hacia el estado actual de las defensas del cártel. Estrada, el hombre que Jorge y Mario habían conocido en la puerta, estaba muy ocupado encargándose de proteger a la cúpula. El otro jefe de seguridad era un oficial retirado del ejército al que se referían en tono impaciente como el mayor Gómez. Evidentemente, no satisfacía las expectativas de sus jefes. Su red de inteligencia era lamentable, y él no era lo suficientemente agresivo. La desconfianza en él era unánime, y su ausencia esa noche resultaba muy obvia. Jorge no estaba seguro todavía de qué era lo que querían de él los capos de Cali, hasta que Miguel dijo:

—Queremos muerto a Pablo Escobar.

—Y queremos que usted y sus comandos británicos lo maten —añadió Gilberto.

Jorge recorrió la habitación con la mirada. Todos estaban esperando su respuesta. Obviamente, Mario les había contado sobre sus contactos secretos con los británicos. En ese momento entendió la razón de la convocatoria a Cali. No le importó que su amigo hubiera compartido el secreto. Se sintió más halagado que preocupado.

Hasta ese momento, a Jorge nunca se le había ocurrido vengar la muerte de su amigo. Hacer cumplir la ley era labor de la policía y de las cortes. Infortunadamente, todos los funcionarios que habían intentado levantarle cargos a Escobar habían terminado muertos. El caso seguía estando oficialmente sin resolver. Si bien la invitación de Gilberto lo había tomado por sorpresa, también lo había hecho cuestionarse. Después de todo, tal vez sí era posible hacer justicia.

Jorge casi pudo escuchar la canción de su película favorita, *Siete hombres y un destino*.³ La idea de cabalgar hasta el pueblo con un grupo de pistoleros foráneos para desterrar al villano Escobar excitaba sus fantasías de heroísmo patriótico. Y apelaba a las mismas pasiones por las cuales se había enlistado en la reserva del ejército: las ansias de acción y de aventura... al servicio de Dios y del país. Quería oír más sobre el plan de los padrinos.

Resultó que ya habían decidido el blanco: Nápoles, la hacienda de casi 3000 hectáreas que Escobar tenía a lo largo del río Magdalena. Era una especie de parque de atracciones con lagos artificiales para practicar deportes acuáticos, enormes piscinas, un aeropuerto y un zoológico que albergaba leones, elefantes, cebras e hipopótamos; estos últimos se reproducían con gran celeridad. Se trataba del lugar favorito de Escobar para jugar, cenar y festejar. Gilberto, que había sido huésped de la hacienda alguna vez, comentó que cuando Pablo estaba en Nápoles, bien podía suponerse que estaría ebrio todos los días.

³ *The Magnificent Seven*. [N. de la T.]

Jorge preguntó por el transporte. Iba a necesitar helicópteros.

—Los tendrá —respondió Gilberto.

Jorge preguntó por pilotos.

—Tenemos pilotos que conocen el área —respondió Gilberto de nuevo.

Jorge resaltó la importancia de contar con una buena red de inteligencia y equipos de comunicación de la más alta calidad, radiotransmisores cuya recepción no fallara ni en áreas remotas de difícil geografía.

—Se hará cuanto sea necesario. Además, contará con la eterna gratitud de todos los presentes esta noche.

Era evidente que el dinero no representaba un problema. A Jorge le sorprendió el contraste: a veces el ejército colombiano no tenía combustible para sus helicópteros, pero el cártel de Cali podía financiar una invasión armada. Y le sorprendió otro contraste: a pesar de todo su dinero, estos cuatro multimillonarios le tenían pánico a Pablo Escobar.

Fue un momento emocionante para Jorge. Se sintió importante: lo habían escogido para llevar a cabo una misión de gran trascendencia, una enorme aventura... y un servicio público. También lo complacía tener la oportunidad de volver a ver a sus amigos del comando británico. Y la perspectiva de que cuatro de los hombres más ricos del país le estarían en deuda, le pareció invaluable. Sin embargo, no estaba convencido.

Otro aplazamiento podía poner en riesgo su incipiente empresa de reciclaje de aceite de motor. Tenía la esperanza de empezar a construir una pequeña refinería a principios del año. Y esto sin pensar en Lena Duque, su compañera sentimental, con quien tenía planeado casarse pronto. La misión para matar a Escobar también podría retrasar los planes de matrimonio.

Los padrinos le aseguraron a Jorge que la preparación del ataque no tomaría más que unos cuantos meses. Después de que Escobar estuviera muerto, él podría regresar a Bogotá “con más

dinero del que pudiera necesitar el resto de su vida”, como le dijo Gilberto.

La reunión se extendió hasta bien pasada la medianoche. Jorge sabía que tenía que tomar una decisión. Estaría trabajando para criminales reconocidos, de vuelta en la Mesa del Diablo. Pero se dijo que sería por poco tiempo y que no tendría nada que ver con el narcotráfico. Consideró que el negocio de la refinería podría irse a pique, pero a cambio tendría nuevos amigos poderosos y mejores oportunidades de negocio en el futuro. Entonces pensó en su familia. Tal vez no valía la pena arriesgar su reputación por trabajar tan de cerca con los capos de la mafia. En ese momento consideró no aceptar la propuesta.

Varias veces durante la velada los cuatro hombres habían contado anécdotas familiares, hablado sobre sus esposas, sus ex esposas y sus múltiples hogares, y expresaron sus temores por la seguridad de sus seres queridos. La información no fue tan detallada como para que Jorge pudiera, por ejemplo, identificar a la tercera esposa de Miguel, pero la habían compartido en un ambiente de tal confianza que le resultaba incómodo echarse para atrás ahora.

Por un momento se imaginó disculpándose y diciendo: “Gracias, pero no, gracias”. ¿Y entonces qué? ¿Lo verían como una amenaza a su seguridad? Después de todo, había trabajado hombro con hombro con los socios de Escobar que financiaron la misión para atacar Casa Verde. No tenía ninguna duda de que los Caballeros de Cali conocían esa parte del plan también. Si decía que no, era posible que lo tomaran como un rechazo personal o, aun peor, como un signo de lealtad a los capos de Medellín. ¿Terminaría en la cajuela de uno de esos autos estacionados afuera? Un estremecimiento lo recorrió.

Entonces Jorge se dio cuenta de que temía decir que no. Gracias a Dios. Porque, muy en el fondo, sabía que no quería rechazar la oferta. Sintió un enorme alivio cuando se oyó decir:

—Sí, lo haré.

Fuentes

Como ya se ha mencionado, esta historia se basa principalmente en los detalles que Jorge Salcedo, ex jefe de seguridad del cártel de Cali, me ha contado a lo largo de los años. Abogados y agentes de la DEA y del Servicio de Aduanas de Estados Unidos corroboraron lo que Jorge contó y me dieron acceso a documentos, reportes y entrevistas con otros agentes y supervisores que estuvieron involucrados en el caso. También usé extensamente transcripciones del testimonio juramentado de Guillermo Pallomari y otros registros de la Corte. Pude consultar información histórica adicional en los documentos públicos de los Archivos de Seguridad Nacional, en Washington.

Entre los medios de comunicación de Colombia que consulté con frecuencia están *Semana*, *El Tiempo* y *El País*. De Estados Unidos, la revista *Time*, *Los Angeles Times* y *The New York Times*, que me ofrecieron una cobertura contemporánea de la época. Pero la fuente que me parece mejor de lejos, y la que más me sirvió para la preparación de este manuscrito, fueron los reportajes de Douglas Farah, corresponsal de *The Washington Post* en América Latina durante esos años.

Uno de los pocos libros que contienen información histórica extensa sobre el cártel de Cali es *The Bullet or the Bribe*, de Ron Chepesiuk, y su edición actualizada, *Drug Lords*. Los libros que cubren de manera más completa la historia de Pablo Escobar y el cártel de Medellín son *Killing Pablo*, de Mark Bowden, y *Whitewash*, de Simon Strong.

ENTREVISTAS Y CORRESPONDENCIA

Otras fuentes que contacté en persona, por teléfono o por correo electrónico para la preparación de este libro fueron Ingrid Betancourt, Ricardo Bilonick, Robert F. Dunlap, abogado defensor de Miami; Chris Feistl, Robert S. Gelbard, Edward Kacerosky, David Mitchell, Joel Rosenthal, Edward Ryan, Jerry Salameh, Tony Seneca, Dean Shelley, Susan Snyder y David Tomkins.

BIBLIOGRAFÍA

- Betancourt, Ingrid, *Until Death Do Us Part. My Struggle to Reclaim Colombia*, Harper Collins, 2002.
- Bowden, Mark, *Killing Pablo. The Hunt for the World's Greatest Outlaw*, Atlantic Monthly Press, 2001.
- Chaparro, Camilo, *Historia del cártel de Cali*, Intermedio, 2005.
- Chepesiuk, Ron, *Drug Lords. The Rise and Fall of the Cali Cartel*, Milo Books Ltd., 2007.
- , *The Bullet or the Bribe. Taking Down Colombia's Cali Drug Cartel*, Praeger, 2003.
- Clawson, Patrick L., y Rensselaer W. Lee III, *The Andean Cocaine Industry*, St. Martin's Press, 1996.
- DiCanio, Margaret, *Encyclopedia of Violence*, Facts on File Inc., 1993.
- Duzán, María Jimena, *Death Beat. A Colombian Journalist's Life inside the Cocaine Wars*, trad. de Peter Eisner, Harper Collins, 1994.
- Eddy, Paul, Hugo Sabogal y Sara Walden, *The Cocaine Wars*, W.W. Norton & Co., 1988.
- Escobar, Roberto, y David Fisher, *The Accountant's Story. Inside the Violent World of the Medellín Cártel as Told by Pablo Escobar's Brother*, Grand Central Publishing, 2009.
- García Márquez, Gabriel, *News of a Kidnapping*, trad. de Edith Grossman, Penguin Books, 1998.

ENTREVISTAS Y CORRESPONDENCIA

Otras fuentes que contacté en persona, por teléfono o por correo electrónico para la preparación de este libro fueron Ingrid Betancourt, Ricardo Bilonick, Robert F. Dunlap, abogado defensor de Miami; Chris Feistl, Robert S. Gelbard, Edward Kacerosky, David Mitchell, Joel Rosenthal, Edward Ryan, Jerry Salameh, Tony Seneca, Dean Shelley, Susan Snyder y David Tomkins.

BIBLIOGRAFÍA

- Betancourt, Ingrid, *Until Death Do Us Part. My Struggle to Reclaim Colombia*, Harper Collins, 2002.
- Bowden, Mark, *Killing Pablo. The Hunt for the World's Greatest Outlaw*, Atlantic Monthly Press, 2001.
- Chaparro, Camilo, *Historia del cártel de Cali*, Intermedio, 2005.
- Chepesiuk, Ron, *Drug Lords. The Rise and Fall of the Cali Cartel*, Milo Books Ltd., 2007.
- , *The Bullet or the Bribe. Taking Down Colombia's Cali Drug Cartel*, Praeger, 2003.
- Clawson, Patrick L., y Rensselaer W. Lee III, *The Andean Cocaine Industry*, St. Martin's Press, 1996.
- DiCanio, Margaret, *Encyclopedia of Violence*, Facts on File Inc., 1993.
- Duzán, María Jimena, *Death Beat. A Colombian Journalist's Life inside the Cocaine Wars*, trad. de Peter Eisner, Harper Collins, 1994.
- Eddy, Paul, Hugo Sabogal y Sara Walden, *The Cocaine Wars*, W.W. Norton & Co., 1988.
- Escobar, Roberto, y David Fisher, *The Accountant's Story. Inside the Violent World of the Medellín Cártel as Told by Pablo Escobar's Brother*, Grand Central Publishing, 2009.
- García Márquez, Gabriel, *News of a Kidnapping*, trad. de Edith Grossman, Penguin Books, 1998.

- Gugliotta, Guy, y Jeff Leen, *Kings of Cocaine: Inside the Medellin Cartel. An Astonishing True Story of Murder, Money, and Corruption*, Simon & Schuster, 1989.
- Hylton, Forrest, *Evil Hour in Colombia*, Verso, 2006.
- Kenney, Michael, *From Pablo to Osama*, Pennsylvania State University Press, 2007.
- Kirk, Robin, *More Terrible than Death. Massacres, Drugs and America's War in Colombia*, PublicAffairs, 2003.
- Kohn, Michael, Robert Landon y Thomas Kohnstamm, *Colombia. A Lonely Planet Guide Book*, Lonely Planet Publications, 2006.
- McAleese, Peter, *No Mean Soldier, The Story of the Ultimate Professional Soldier in the SAS and Other Forces*, Cassell Military Paperbacks, 2003.
- McGee, Jim, y Brian Duffy, *Main Justice. The Men and Women who Enforce the Nation's Criminal Laws and Guard its Liberties*, Simon & Schuster, 1996.
- Noriega, Manuel, y Peter Eisner, *America's Prisoner. The Memoirs of Manuel Noriega*, Random House, 1997.
- Pollard, Peter, *Colombia Handbook*, Footprint Handbooks Limited, 1998.
- Strong, Simon, *Whitewash. Pablo Escobar and the Cocaine Wars*, Pan Books, 1996.
- Tomkins, David, *Dirty Combat. Secret Wars and Serious Misadventures*, Mainstream Publishing, 2008.
- Vásquez Perdomo, María Eugenia, *My Life as a Colombian Revolutionary. Reflections of a Former Guerrilla*, trad. de Lorena Terando, Temple University Press, 2005.

Sobre el autor

William C. Rempel trabajó treinta y seis años como reportero de investigación para *Los Angeles Times*. Ha sido merecedor de varios premios, entre los que se cuentan el Overseas Press Club Award y el Gerald Loeb Award. Fue finalista del Goldsmith Prize de reportaje investigativo.